

Champbrulé



Gris Vega

Durante mucho tiempo soñé con terminar mis estudios profesionales. Así transcurrieron nueve largos semestres llenos de emociones, trabajo, estrés, prisas y obstáculos; mi deseo de llegar a la meta era tan fuerte, que al fin logré mi propósito y el día tan esperado llegó. Multitud de sentimientos, entre los que destacaba la alegría, se agolparon dentro de mí: había llegado a la meta y no podía dejar pasar un acontecimiento así, por lo que inmediatamente después de recibir mi constancia de estudios, planeé un festejo. Sería una fiesta muy linda, de eso estaba segura.

El 8 de febrero de 2003, llevé a cabo la fiesta para celebrar la terminación de mis estudios de licenciatura en Filosofía; fue tal como la había imaginado: en un salón elegante, con los amigos más cercanos, flores y música de fondo.

El salón lucía muy hermoso: un gran ramo de flores blancas adornaba cada una de las mesas. Mis amigos asistieron, por supuesto, vestidos de etiqueta. Yo llevaba un vestido color perla, así como el collar y los pendientes de perlas; mi cabello recogido y peinado en alto como en las revistas, incrustado con perlas; y los zapatos en tornasol dorado. El conjunto de mi atuendo propició que me sintiera una princesa de la antigüedad. Estaba feliz y emocionada hasta la última fibra de mi ser.

Mi deseo fue bailar un vals con Cruz mi hermano y otro con mis amigos. Cruz no es asiduo a las fiestas ya que le incomoda ponerse traje, pero en esa ocasión aceptó porque se trataba de mí. Después del anuncio del primer vals, él me condujo nervioso a la pista, y mientras bailábamos de vez en cuando me preguntaba: ¿Estás contenta? Y yo le respondía con una sonrisa. Al reflejarme en esos ojos amielados me pareció ver la mirada de





satisfacción de mi padre, pues mi hermano heredó el color y la ternura del mirar de mi papá. Al sentir mis manos aprisionadas entre sus manos fuertes, por un momento sentí que estaba en los brazos de mi padre... quizá porque mi deseo era que él hubiese estado ahí, como en mis anteriores graduaciones; la realidad era que esa noche su esencia se encontraba junto a mí.

Seguimos bailando y con los aplausos y la alegría de los invitados me sentía como entre nubes. Después bailé con cada uno de los amigos que me apoyaron a lo largo de mi carrera; Martín, uno de ellos, esperó hasta el final para bailar conmigo: mientras dábamos giros al compás de la música yo me sentía la mujer más feliz.

Martín fue un gran amigo. Constantemente durante la carrera y desde antes, en todos los años de nuestra amistad, sus palabras hacia mí fueron de apoyo y reconocimiento. Continuamente me decía que siguiera con esa constancia y nunca dejara de luchar por mis metas; decía también sentirse muy orgulloso de mí. Poco tiempo después de aquella fiesta murió; pero atrapé en mi mente y en mi corazón su sonrisa, su mirada, sus bailes y sus bromas. Fue alguien muy especial para mí: me dejó su imagen de hombre triunfador y perseverante; su ejemplo a seguir.

El acontecimiento más relevante para mí fue el del brindis, pues lo hicimos con una botella que por muchos años se había reservado para una gran ocasión: era vino de *Champbrulé* que mi padre guardó de la fiesta de mis quince años. De acuerdo con su deseo la debería abrir en el momento más especial de mi vida, y este era el momento esperado por mí durante tantos años y el más feliz. Al elevar las copas todos al mismo tiempo brindamos: ¡Salud!

Sentí que en ese instante tan trascendente mi padre estaba a mi lado. Mi hermano y algunos de los invitados tenían los ojos llenos de lágrimas, entonces recordé cuando en aquel pueblo minero, en mi fiesta de quince años, los invitados habían bebido el vino *Champbrulé*; ahora, veinticinco años después, el brindis



se repetía en medio de una gran celebración. Percibí entonces la presencia de mi padre y su sonrisa de satisfacción.

Las horas transcurrieron llenas de emociones. Disfruté y saboreé tanto esos momentos... Fueron tal como los había pensado, hasta en el más mínimo detalle: las personas que asistieron, el tipo de música, el arreglo del salón, las flores... Pero lo más importante fue la satisfacción dentro de mí al comprobar que la perseverancia y la constancia hacen que se realice cualquier sueño por lejano y difícil que parezca.

Por eso en las mesas coloqué, como obsequio para cada uno de los invitados, un separador de libros en el que se leían las siguientes palabras del gran escultor Rodin: *“Nada que haya ejecutado, me ha dejado tan satisfecho porque nada me costó tantos esfuerzos y nada suma de manera tan completa lo que considero es la ley secreta de mi arte”*.